



La poesía religiosa de José Miguel Ibáñez

Los veinte años de poesía que hay juntos en este volumen antológico, publicado a fines de 1974 por la Editorial Gabriela Mistral, ponen ante un fenómeno extraño en la lírica chilena. Porque José Miguel Ibáñez escribe en el curso de 1954 a 1974 una serie de poemas que van desde la adolescencia —los dieciocho años— hasta la madurez de la proximidad de los cuarenta, sin que el fondo íntimo, el paisaje poético sufra una variación esencial.

La literatura chilena carece de una poesía específicamente religiosa. La aparición de temas con motivos religiosos no es tan infrecuente, pero en esos casos son simplemente temas, motivos transitorios, en tanto que en la poesía a que nos referimos, el sustrato fundamental es una experiencia vinculatoria entre el hombre que canta y la divinidad a la cual canta. Sería preciso remontarse a una lírica como la de Fray Luis de León de Juan de la Cruz o en determinados momentos, de Lope de Vega, para hablar de un sentimiento religioso como tal, a una forma de vivir y sentir la realidad de Dios.

Esta experiencia y "vividura", como la llamaría Américo Castro, que ha usado esta expresión para caracterizar el estilo de vida hispánica, recorre el existir de José Miguel Ibáñez, como poeta, desde la más temprana adolescencia. Un sentimiento, diríamos mejor, una intuición casi visceral de Dios, abre sus ojos e irrumpe en sus palabras, como un modo de percibir en que les da la más inmediata realidad.

Ya dice, en esa primera expresión adolescente, algo entrañable y muy suyo:

¡Cuánta lucha, Dios mío, cuánto esfuerzo
para arribar a tus bordes,
a tus mágicas caídas sin sonido
donde nada transcurre!

Timidamente queda esbozada la actitud poética. Se llegará a Dios con esfuerzo, como el sediento que se aproxima a la frescura del agua, al borde donde se redondea la fuente, y en ese instante se aspirará a caer en el abismo donde ya no hay sonido porque no existe ni el tiempo ni el espacio, ni tampoco la voz necesaria para cruzarlos, donde, en fin, todo es presencia y visión directa. Por eso también en esa región nada transcurre, ya que nada pasa o deserta de su ser, fijada ya en la inmovilidad perfecta en que toda la fuerza del vivir se vuelve éxtasis, deslumbramiento, posesión cabal de lo buscado.

Dos años más tarde, otro poema señala un nuevo paso en esta trayectoria. Un desprendimiento mayor, una acentuación de la distancia con lo inmediato, acerca la proximidad de lo divino. Entonces la sombra de Dios tomará la forma de una techumbre, de una mirada que se proyecta sobre el existir del poeta y es, para-

dóicamente, amparo y escudriñamiento, protección y acecho del viviente:

Vivo en la sombra de Dios,
despidiéndome de rostros que se quedan,
que lloran un poco y no se van.
O bien yo no me voy, y permanezco
mirando herido la vida que persiste,
los pájaros, las nubes
o cuerpos.

Dios apaga las últimas lámparas
que enciende nuestro miedo a quedar solos.
Contra su ojo largamente solos.

Pero el proceso se continúa y, cruzada la adolescencia, toma la forma de un sentimiento más agudo de lo terrenal, aunque siempre como una manifestación de lo que está más allá, de lo que es su raíz y su razón creadora. Entonces la naturaleza vibra, canta, aroma y trae, como un eco inaudible, como un olor irrespirable, la alusión elusiva, de un absoluto que se oculta tras la apariencia y otorga a ésta una plenitud que la sobreeleva:

Amanece, después, llega el sol
y alumbraba un fruto pálido que de otra tierra na-
ce,
que viene de otra tierra donde yo no he transpi-
rado.

Que me hace oír el ruido lejanísimo
del cántaro de los pájaros de otra primavera.

Es el momento de lo que él denomina "la tierra traslúcida", de la transparencia con que las cosas, al decir del salmista, "cantan la gloria de Dios", viviendo libremente todo su ser pero, a la vez, manifestando que no son por sí mismas, que encierran una aspiración y, por último, que respiran en la atmósfera de un cosmos escultante y admirativo.

Luego vendrá "La casa del hombre", en que la morada terrenal y la habitación extraterrena constituyen la habitación humana, la doble vertiente en que el existir se proyecta. Por eso establece que:

¡Tuya es toda la fuerza, la de hacerme
'haufragar' en el sol, inolvidable,
como se hunde la mano de los días
tras el monte de fuego para siempre...

"Eterno es el día", avanza ya en esta ruta y tiene ecos de Juan de la Cruz y de su "llama de amor viva". El Dios anhelado y deseado asoma por todas partes, es el gran protagonista de la realidad en que nos movemos. De allí que, según la visión del poeta,

Las piedras quieren verlo,
por eso han caminado tantos siglos
y en la noche
se levantan y tocan sus laudes.
Las selvas quieren verlo.
Por eso abren el libro sigiloso
donde muere

un rey en la tiniebla a cada página.

Hasta que en "Poemas dogmáticos", la misma experiencia fundamental irrumpe en un ardor profético, en un amor que muestra el rostro de la adoración y el de la ira, el que se postra ante la belleza y el bien increados y el que se alza fulminante contra el mal y sus caricaturas. Los poemas brevísimos, incisivos, no temen caer en algún prosaísmo. El poeta canta su amor divino y escupe su asco, se extasia ante la perfección arrobadora y vomita el mal y sus excrecencias. Con una mirada en que se unen el adorante y el juez, el amigo de todos los que sufren y el vigilante de quienes trafican con la verdad, la belleza y el amor, hace del verso un apotegma encendido, cuyo fuego se concentra en la palabra filosa, en el ritmo entrecortado de la frase y del verso. Ironía y sarcasmo, plegaria y elevación, otorgan a esta última fase un encanto irresistible. Como un Goya ve reflejarse las miserias en una galería de "caprichos", pero como un Rouault retuerce los volúmenes, estremece los colores y convierte en espirales las palabras, para extraer de ellas una entrañable plegaria, un éxtasis ascensional.

Por eso culmina en esta confesión:

Se gastan las ciudades de tanto andar por
ellas.

Se gastan las mujeres, los libros y los dioses.
Solo Tú permaneces con tus calles eternas,
tus amores, tus páginas, tu inmóvil resplandor.

Aunque algunos disientan, toda esta poesía está habitada por una gran serenidad, que constituye justamente la razón íntima de su coherencia a través de veinte años. Es la certeza, la inhesión en una fe, la cohesión que entrelaza tierra y cielo y que elimina todo contraste o cesura que los interrumpa. Porque la serenidad es la diaphanidad del cielo sin nubes, de la quietud de un espacio inalterado, que no debe su limpieza ni su paz a que no la habiten tensiones sino a que ellas están asumidas por una unidad en que cada cual aporta una fuerza: impeniente, y no una energía hostil o disociadora.

El verso mismo en que los poemas están escritos rehúye toda retórica, adopta ritmos casi del hablar cotidiano y no trepida en bordear, cayendo a veces en él, un lenguaje tan directo y común que en algunos momentos no se distingue de la prosa. Pero siempre es el aliento interior, la vibración tremolante de una plegaria, lo que arrebató todos estos signos verbales y escritos, imprimiéndoles un vuelo y una musicalidad que, acaso, sólo percibirán los que en el tumulto actual sean capaces de recogimiento y de pasar desde la exterioridad de la palabra a la interioridad del sentido y de la trascendencia de nuestra frágil aventura humana.

FERNANDO DURÁN V.

La poesía religiosa de José Miguel Ibáñez [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La poesía religiosa de José Miguel Ibáñez [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile